

El rostro del hombre moderno



Cuando uno dice: "el hombre moderno" ¿qué rasgos caracterizan la fisonomía cultural de ese hombre? Creo que para dar con esos rasgos hay que superponer tres relaciones: 1) la relación del hombre con Dios, 2) la relación del hombre con la naturaleza, 3) la relación del hombre con los demás hombres.

En cada civilización, en cada etapa histórica esas relaciones nos ofrecen expresiones y valores diferentes. No es mi relación con la naturaleza igual a la que tuvo mi padre, como no es mi fisonomía la de mi padre aunque debajo de mis propias facciones cualquiera adivina, en el parecido, rasgos suyos. Mi fisonomía es mi tiempo, pero mi tiempo es también la herencia de un tiempo anterior. En la relación del hombre con la naturaleza mi generación acusa una de las etapas históricas de más invenciones en la técnica, sólo comparable a la Edad Neolítica —en la cual el hombre inventó todas las técnicas fundamentales para saltar de la herida a la civilización—. La diferencia está en que el Período Neolítico duró alrededor de cinco mil años y mi generación no llega aún a los sesenta años pero fue testigo —en o desde Nicaragua— de la primera luz eléctrica, del primer cine, del primer automóvil, de la primera pluma de fuente, del primer avión, de la primera fábrica, del primer tractor, de la primera radio, de la primera televisión, del primer antibiótico, de la primera bomba atómica, del primer vuelo (el de Lindbergh) a través del Atlántico —que abrió al hombre la navegación aérea— y del primer viaje a la Luna, que abrió al hombre las rutas cósmicas. Etcétera.

Es decir, la relación del hombre con la naturaleza sufre en "mi tiempo" una serie de transformaciones vertiginosas que cambian total y definitivamente ese rasgo de su fisonomía cultural. ¿Total y definitivamente? —No. La historia nunca presenta cortes a cercén. Junto al tractor y al avión todavía veo trabajar el arado de bueyes y oigo en la madrugada crujir la vieja carreta caminera. El peón que escuchaba el transistor se ilumina con un candil colonial en su rancho y usa cañotes chorotegas. Junto al antibiótico oigo rezar la oración de los 3 clavos para sanar la herida. Junto a las computadoras miles de nicaragüenses siguen analfabetos.

Esto complica la definición del hombre moderno. Esto significa que convivimos simultáneamente hombres del Siglo XX con hombres de estructura colonial, y con románticos del siglo pasado y hasta con prehistóricos. (Un guerrillero es un héroe romántico del siglo pasado que se lanza contra un ejército que posee la técnica del Siglo XX. Como hay eclesiásticos anteriores a León XIII y capitalistas sociológicamente retardados que parecen ignorar todo el proceso de la Revolución Industrial). "Numéricamente —escribía Jules Romains— no habrá, sin duda, en la superficie de la tierra, más que una pequeña minoría de individuos en los que se manifiesten con plenitud los caracteres de la época".

¿Cómo adivinar entonces los caracteres de nuestra época en Nicaragua? Porque no es cuestión de arrasar con el pasado en nombre de una técnica, sino de encontrar el camino propio, el camino conveniente para el desarrollo integral del nicaragüense auxiliándonos de esos nuevos instrumentos del hombre. A veces un "adelanto" postizo causa tales destrozos que al cabo de poco tiempo se convierte en un real atraso. ¿Qué es entonces y en realidad ser moderno?

Pero examinemos la otra relación: la del hombre con Dios. La mayoría de mis lectores sabe hasta qué punto el desarrollo científico y técnico ha modificado en muchas personas esta relación, produciendo en ellas un total agnosticismo o bien un frío cuando no beligerante ateísmo. Pero, simultáneamente, la misma causa ha producido también, como contrapartida, un renacimiento de la religiosidad, y, más concretamente aún, un verdadero florecimiento cristiano. El reto del ateísmo —junto con las exigencias de la ciencia— han purificado de innumerables adherencias gravosas y espurias al cristianismo. Esto le ha dado un impulso vital como pocas veces en su historia, pero, además coincide con una inquietud universal por la problemática religiosa. Se decía hace poco en un congreso científico que, desde que se inventó la letra impresa, nunca se editó y leyó tanto sobre temas religiosos como en nuestros días. Es decir, con la misma intensidad es un rasgo del hombre moderno el ateísmo total —un ateísmo que nunca había conocido el hombre antes de ahora— como la más intensa religiosidad. Pero, al mismo tiempo también, subsisten infinitos matices de viejas inercias: supersticiones, religiosidades arcaicas, primitivismos, folklorismos de la relación con lo trascendente, incluso renovados y tecnificados por la moderna sociedad de consumo. (Por ejemplo, solamente en la vieja Babilonia es posible encontrar un culto tan ava-

sallante de los horóscopos como en nuestro tiempo).

En la relación del hombre con los demás hombres nuestro tiempo plantea otra extrema contradicción: la de Egoísmo Vs. Solidaridad. Egoísmo que marca grados inauditos en el apetito de riquezas, en la codicia de dinero, en el irrespeto del "otro", tanto en la vida política como en la social y económica: torturas, explotación, lujo frente a miseria, secuestros, purgas, terrorismo, dictaduras, menosprecio de la vida humana, etc. Y en contraste, como signos también de nuestro tiempo, un sentido nuevo y creciente de la solidaridad, un martirologio de la solidaridad, un movimiento universal por de vivencias y húsquedas de vida comunitaria. Es la época del sindicalismo, del socialismo, de las huelgas de solidaridad, de los movimientos juveniles solidaristas, del desarrollo de las comunidades, de la camaradería, etc.

Nunca se ha hablado tanto como ahora sobre la dignidad de la persona humana, su derecho a pensar, a ser, como uno de los principios fundamentales de nuestra Civilización; sin embargo —decía Hersch— "es un hecho que inmensas cantidades de individuos de todas las razas, de toda la tierra, no tienen ni los medios, ni las posibilidades ni el tiempo de llegar a esa condición —de dignidad— que decimos pertenecer, de derecho, a cada hombre".

Y el ya citado Jules Romains hacía ver en una conferencia cómo el mismo hombre (el hombre del Siglo XX) que en tantos aspectos testimonia un altísimo avance y perfeccionamiento (en higiene, gusto por la vida y por la belleza, respecto a los supremos valores de la cultura, etc.), deja aflorar, en ciertos momentos, los más espantosos resurgimientos del bárbaro y aun del salvaje sádico. "Todos los fantasmas y monstruos que poblaban al hombre primitivo hacen de pronto su reaparición y se pasean insolentemente entre nuestras lucientes máquinas, entre nuestros valiosos monumentos, en nuestras flamantes oficinas y aún en los palacios edificadas para el culto de la Justicia y del Orden".

Parece que hoy es más fácil EL DESPERTAR DE LOS MONSTRUOS que en algunas otras épocas pasadas que quizás despreciamos. En la relación del hombre con el hombre la época moderna fácilmente crea climas de violencia donde se ven horrores que no se habían producido desde las épocas más oscuras de la crueldad humana.

Todo esto nos demuestra que la fisonomía del "Hombre Moderno" no es tan diáfana y halagadora como algunos creen. Tanto oculta rasgos de monstruo como revela facciones de nobleza. Tan moderno es el rostro del hippie asesino Manson, como el benévolo y campechano

de Juan XXIII, el santo del "aggiornato". En otras palabras: ser moderno no salvó al hombre moderno está tan necesitado de salvación como el antiguo.

La tendencia de muchos es engañarse con la ilusión de perfección con el sustituto del antiguo. Lo bueno por lo nuevo. Así el analfabeto no saldrá de su analfabetismo si se le obsequia una máquina de escribir eléctrica, así tampoco salimos al desarrollo si al ladrón lo vestimos con el uniforme blanco del ejecutivo, o si la fábrica que nos sólo sirve para alimentar la riqueza y no derrama sus beneficios a favor del pueblo.

Cubrirse el rostro con la máscara del progreso no es lo que produce un nuevo hombre. San Pablo habla de "redimir el rostro" y son otros valores los que lo redimen: la Justicia, la Honradez, y el Amor. Porque, en última instancia, cuando se mejora en la relación del hombre con los demás hombres —sólo cuando se mejora en el respeto por la dignidad del hombre— que una civilización progresa. La religión puede extraviar. La técnica puede extraviar. Lo que da la medida es el trato que el hombre hace al hombre. El Amor es la medida del tiempo. PABLO ANTONIO CUELLAR